

Políticas Educativas en América Latina: notas para la educación en el siglo XXI

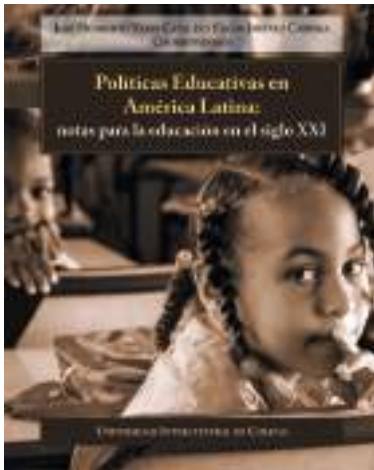
José Humberto Trejo Catalán
humberto.trejo@cresur.edu.mx

Edgar Jiménez Cabrera
dredgarj@gmail.com

Fecha de recepción: 12 de marzo de 2019

Fecha de aceptación: 5 de abril de 2019

RESEÑA



Trejo Catalán, J.H. y Jiménez Cabrera E. (Coord). (2019). Políticas educativas en América Latina: notas para la educación en el siglo XXI. San Cristóbal de las Casas, México: Universidad Intercultural de Chiapas.

El propósito de este libro, originalmente consistía en anticipar los temas que marcarían la agenda de las reformas

educativas que se discuten en los países de América Latina hacia el final de esta segunda década del siglo presente, en la medida que su impacto será determinante para el desarrollo de las libertades y de la cultura de la paz, entendida como prosperidad compartida en un ambiente de legalidad, tolerancia y civilidad.

Sin embargo, el diálogo con los colegas, su experiencia, su entusiasmo hacia el tema, nos llevó por otros horizontes... nos llevó –como coordinadores de la obra– a repensar en el contexto, el macro-sistema en que se desarrollan nuestros sistemas educativos nacionales y donde América Latina cobra especificidad y sentido. De manera que ésta no se reduzca a una noción geográfica,

a una mera coincidencia, sino a una esencia que compartimos, que nos define y nos da sentido. América Latina –nos dice Mario Miranda Pacheco–

...no es sólo un concepto, una construcción intelectual, (...) una masa geográfica poblada y moldeada por la naturaleza y la cultura occidental [...] es y representa lo que hemos conservado y lo que hemos llegado a ser en el curso de la historia [es, lo que] tenemos que transformar (Miranda, 1997, p. 36).

De ahí que decidimos identificarnos como latinoamericanistas, desde un oficio y un quehacer común que nos hermana en el origen y en el propósito compartido de contribuir, desde la modestia de nuestras aportaciones, al desarrollo educativo de nuestros pueblos; sin rutas previas, sino desde la preocupación mayor y el interés de cada uno de los investigadores que generosamente participaron en la construcción de este volumen.

En este sentido, bajo la convicción de que la educación es, en esencia, una tarea ética y política, en el Capítulo I Humberto Trejo se interroga sobre la interacción de la educación y la política en la segunda década del presente siglo, cuando los procesos de transición democrática detonados en el ocaso del siglo anterior: i) comienzan a declinar para dar paso a nuevos autoritarismos, ahora soportados en bases electorales mayoritarias, pero empeñados en estrechar las libertades ciudadanas; así como, ii) a modelos difíciles de etiquetar pero que parecen ubicarse en el extremo opuesto, donde nuevos líderes se rebelan contra las prácticas de élites que, desde las instituciones de la democracia, abusaron mezquina y sistemáticamente del poder. El ocaso de “la tercera ola democrática” deberá dar paso a (y apoyarse en) una nueva generación de reformas educativas que trasciendan el paradigma de la “educación escolar”, y reconozcan la extraordinaria dimensión de los desafíos y oportunidades que representa pensar la educación para formar a las mujeres y hombres que estarán y serán Latinoamérica por lo que resta del siglo.

Carlos Haefner en el Capítulo II hace una narrativa ágil, fresca y pertinente del tránsito de la modernidad a la postmodernidad como desafío para reconocer las nuevas pautas culturales y repensar la educación en el siglo XXI. Un tránsito donde la tensión se presenta en el individuo y sus propios afanes y contradicciones, donde la educación se desarrolla en un contexto de incertidumbre que, sin embargo, no la hace menos necesaria, sino necesariamente distinta.

Frente a los nuevos desafíos que impone la desigualdad económica, la exclusión social y la postmodernidad –cargada, como está, de desencanto, de miedos y soledad– la educación cobra un sentido aún mayor, nos dice Haefner, en tanto “dispositivo modernizador del Estado” a través del cual es posible generar y redistribuir capacidades individuales e institucionales, que contribuyan a elevar la calidad de la gestión pública, la igualdad y la cohesión social.

En el Capítulo III Luis Solari analiza otra transición compleja poco abordada como tal en los textos sobre política educativa: la transición geopolítica de América Latina tras el fin de la Guerra Fría, con la emblemática caída del Muro de Berlín en 1989. Más allá del alineamiento –históricamente determinado– de la región con la hegemonía de los Estados Unidos, la nueva geopolítica acercó a la región una amplia gama de oportunidades para abrir sus economías y jugar un papel distinto en el mundo multipolar que se ha gestado bajo el impulso de la liberación del comercio internacional, a cuyo servicio se alinearon las políticas e instituciones educativas.

Sin embargo, como era previsible, la boom de la apertura como “motor del progreso” para la región, ni ha sido perfecto ni será eterno: sus beneficios incrementaron la desigualdad dentro de los países –lo que genera tensiones sociales, desgaste institucional y violencia– y comienza a imponerse un discurso neo-proteccionista que puede descarrilar a medio camino la apuesta que hicieron muchos de nuestros países por ese modelo y que aún puede llegar a buen término, si se toman las decisiones correctas “América Latina... podría convertirse en el territorio de mayor valor estratégico del planeta”, concluye Solari.

Hacer la tarea, tomar decisiones informadas y, en consecuencia, correctas implica también tener un horizonte-meta y una agenda para alcanzarlo. De esto se trata precisamente el Capítulo IV donde pretendemos identificar –como su título lo indica– los desafíos de la educación superior para articularse a las necesidades de desarrollo de nuestros países conforme a los objetivos para el desarrollo sostenible que marca la Agenda 20-30.

La educación superior requiere transformarse para permitir a América Latina “navegar en un marco de competitividad creciente, en una nueva estructura productiva del mundo y con nuevos enfoques sobre la educación...”. Para lograrlo, las universidades de la región no deben ser vistas como espacios para la transmisión de conocimientos, sino para indagar los grandes desafíos de nuestras sociedades y anticipar

las respuestas para enfrentarlos exitosamente, para hacer de esta una plataforma de desarrollo con equidad.

Por su parte, Carlos Palafox presenta en el Capítulo V un análisis de los resultados obtenidos en la prueba PISA (Programa para la Evaluación Internacional de Alumnos, por sus siglas en inglés) que aplica cada tres años la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) y que se ha convertido, por mucho, en el principal referente internacional de la eficacia de los sistemas internacionales en términos del logro educativo de los estudiantes en el nivel básico (aunque la prueba no se propone medir dominios curriculares, sino competencias y habilidades).

Frente al enorme peso mediático alcanzado por este ejercicio, Palafox se propone, con éxito, “Hacer algunas puntualizaciones relacionadas con ciertos mitos y realidades que se suscitan a partir de este programa...”, para lo cual compara los resultados de PISA con los indicadores del Índice de Desarrollo Humano (IDH) a fin de identificar variaciones respecto de los resultados educativos “esperables” de acuerdo al nivel de desarrollo de los países que analiza.

No podemos hablar de los desafíos de la educación, sin dar un lugar relevante a los docentes y lo que se espera de ellos en la transformación educativa. Gerardo Borroto problematiza el tema de la creatividad “como una competencia necesaria en la formación docente, la cual debe ser parte integral en los procesos de cambio y reforma educativa de cara a los retos que impone la dinámica económica y social de nuestro siglo”. Un texto que propone una “didáctica desarrolladora” y que aporta herramientas para comprender el valor de las competencias creativas, como parte central de la agenda educativa para el siglo XXI, en la transición del ser y el quehacer del docente, como agente fundamental de los procesos educativos.

En el mismo sentido, Mario Arenas aporta sobre la relevancia de la educación inclusiva y la educación artística para la educación del siglo XXI. Áreas periféricas que deben reconocerse como

centrales en la medida que la educación igualitaria, humanizante, liberadora, competitiva, eficaz y creativa –que se ha delineado en los capítulos anteriores– es inclusiva, o no será. La educación liberadora, crítica y descolonizante que requiere América Latina para situarse en el presente tiene en la creatividad militante del profesor Arenas, que aporta y documenta una propuesta estética, “una intervención artístico-científica” cuyo propósito educativo fue propiciar la inclusión cultural y “quebrantar la invisibilizada colonialidad en que nos encontramos”.

Agradecemos a cada uno de los colegas su entusiasmo y aportación que refleja además el interés y los temas de las distintas instituciones académicas y de investigación donde se desarrollan, y la impronta rica y diversa de sus nacionalidades. Deseamos que este texto tenga una amplia difusión, gracias a la generosidad de la Universidad Intercultural de Chiapas, México, que lo publica y permite circularlo libremente por los medios electrónicos al alcance, para beneficio de estudiantes, docentes e investigadores que puedan caer en la tentación de asumirse también como latinoamericanistas por convicción y oficio. Enhorabuena.